

# TRES CUMBRES POCO CONOCIDAS DE LOS ALPES

Luis Alejos

## CIARFORON (3.640 m.)

### POR LA RUTA DEL DESPISTE

Quienes tenemos la condición de realizar ascensiones de oídas, nos exponemos a topar con sorpresas como la que nos acaeció en el macizo alpino italiano del Gran Paradiso.

Sin otra documentación que un mediocre plano de carreteras, nos propusimos subir al Gran Paradiso, el único cuatromil situado en un macizo que se encuentra por entero en territorio italiano. Debe ser este dato chauvinista lo que le ha convertido en Meca del montañismo de dicho país; aparentemente no posee grandes atractivos que justifiquen el culto que se le rinde.

### APROXIMACION

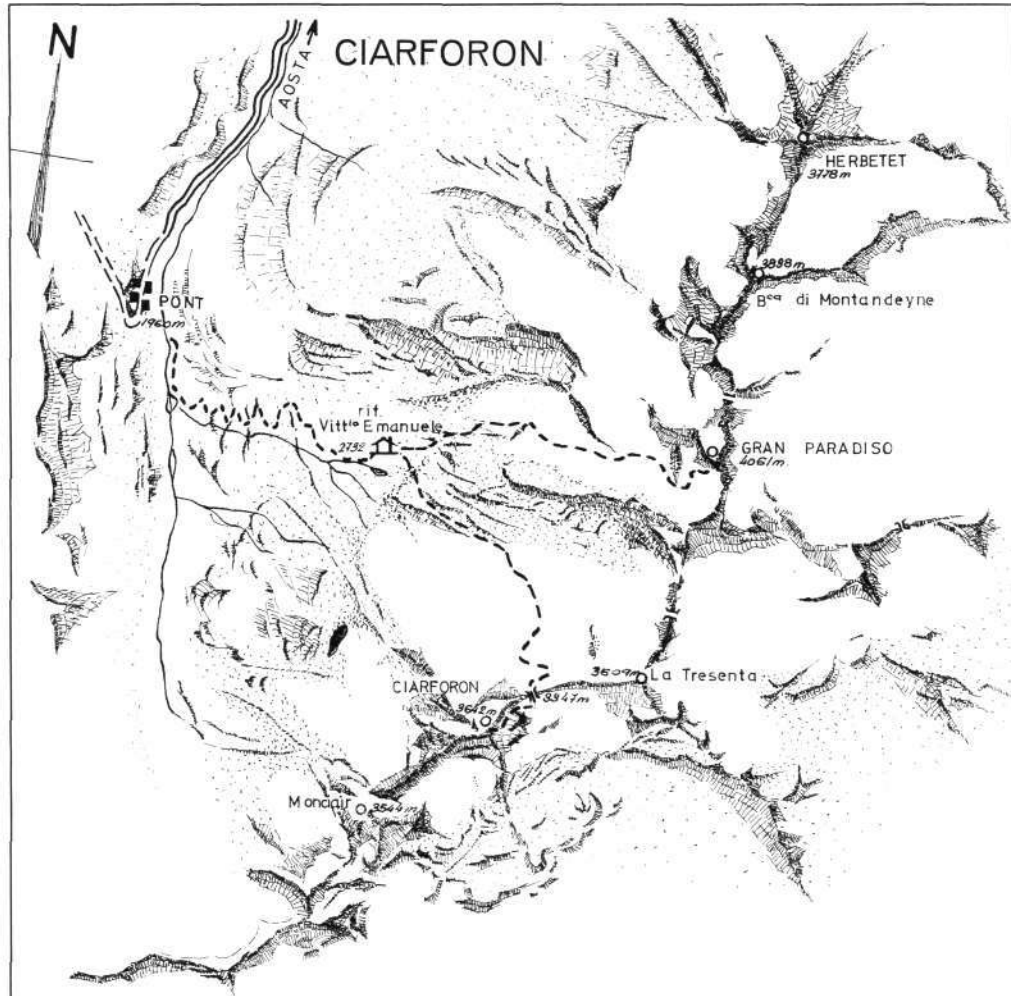
Cuando atravesamos Aosta ya estaba anocheciendo. no obstante preferimos continuar para dormir en plena montaña. En Villaneuve cruzamos el Dora Baltea que desciende del Mont Blanc. pasamos por Introd y dejando a la derecha el valle de Rhemes nos adentramos en el de Valsavaianche.

La carretera, con ser de montaña, es mejor que muchas de las generales de Italia. Se trata de un valle muy concurrido por el turismo; hoteles y campings aparecen por doquier y para no restarles clientela se prohíbe el camping salvaje. Nosotros no dudamos en montar la tienda a orillas del torrencial Savara.

Estábamos ya dentro de los límites del parque nacional, cerca del paraje denominado Pont de Valsavaranche (1.975 m.), así que a la mañana siguiente llegamos en seguida al final provisional de la carretera. Este es el lugar más próximo al refugio Vittorio Emanuele, punto de partida para efectuar la ascensión al Gran Paradiso por la vía normal.

Cuando iniciamos la marcha estaba lloviendo, no obstante la amplia senda que conduce al refugio aparecía terriblemente concurrida. El camino, conforme corresponde a un lugar de las características de aquél, tiene un trazado cómodo; es un ininterrumpido zigzag de escasa pendiente.

El itinerario discurre, primero por un bosque de coníferas, después va superan-



do sucesivas terrazas hasta alcanzar una zona de grandes bloques, al pie de una escarpada, junto a una elevada morrena. En este paraje, a 2.775 m. de altitud, se encuentra el refugio.

Subimos muy rápido: en hora y 35 minutos habíamos superado los 800 metros de desnivel. Nos dimos prisa, por temor a que arreciase el mal tiempo, para encontrar plaza en el refugio y porque el camino no ofrecía ningún atractivo que mereciese un avance más pausado. Sería interesante precisar el número de turistas de caminar «molto piano» que tuvimos que adelantar.

El refugio se encuentra junto a un estanque artificial; es un enorme edificio de tres plantas con techumbre circular. Al lado hay otro más antiguo, utilizado en invierno y cuando el principal está a tope, caso bastante frecuente. En la planta baja

hay un amplio bar-restaurante, y un local cocina-comedor reservado a los montañeros. Los dos primeros pisos son habitaciones de cuatro literas y el último un amplio dormitorio con colchonetas.

Nada más llegar hicimos los trámites para alojarnos; nos instalaron en una de las cabinas (son 3.000 liras, unas 300 pesetas). De haberlo sabido antes habríamos optado por la sala común que cuesta la tercera parte. Sin embargo no lo sentimos.

La tarde resultó aburrida, el tiempo era desapacible y no apetecía salir a pasear. Hubo momentos en que el viento logró rasgar la espesa niebla y frente al refugio apareció una soberbia cumbre completamente aislada; estaba rodeada de un formidable glaciar y tenía la cima cubierta con una enorme txapela de nieve.

La aparición de la cumbre produjo enor-

me expectación. Los turistas salían presurosos a fotografiarla. ¿Cómo dudarlo? Sin discusión: se trataba del Gran Paradiso. Además, allí estaba el sendero que asciende por la morrena, el único visible y que se orienta precisamente en esa dirección.

### **CONFUNDIMOS EL CAMINO**

De madrugada nos despertó un estrepitoso ruido de pisadas; en pocos minutos se extendió el bullicio a todos los rincones del refugio. Bajamos aprisa para ganar tiempo, desayunamos rápidamente y a la calle con la mochila al hombro.

La noche resultaba espléndida: estaba estrellado, no hacía frío, un gajo de luna alumbraba suficientemente... Las cumbres estaban despejadas; a la derecha de la que vimos la tarde anterior aparecía otra y otra más, con similares características pero menor altura.

Plenos de entusiasmo, ávidos de llegar cuanto antes, nos pusimos a caminar. Poco a poco fuimos superando la pronunciada pendiente de la pedregosa morrena, aunque de vez en cuando dábamos un traspiés.

En lo alto, antes de avanzar por terreno casi llano, paramos a contemplar el refugio iluminado. No veíamos a nadie tras nuestros pasos, supusimos que se debía a que, como nosotros, andaban sin linterna. El itinerario era evidente, así que proseguimos en solitario.

El camino discurría junto a un acantilado; el glaciar queda abajo. La senda va bordeando, entre grandes bloques de piedra que los hielos depositaron al retirarse, la muralla que comienza al pie mismo del refugio. —

Al cabo de una hora de marcha alcanzamos la base del glaciar superior de Moncorvé. Estábamos a unos 3.000 m. de altitud; frente a nosotros, a la izquierda de la cima que nos estaba sirviendo de referencia, se alzaba otra de altura similar.

Había amanecido y continuábamos sin ver persona alguna. Al llegar a la nieve el sendero se esfumó. Entonces empezamos a dudar de que hubiésemos elegido el itinerario adecuado. Efectivamente, a la izquierda, sobre la muralla que estábamos bordeando, aparecía una cumbre más elevada que cualquiera de las demás. Nos habíamos equivocado de camino. Ahora veíamos de verdad el Gran Paradiso.

Ascendimos el glaciar hasta el collado más próximo, tal vez hubiese otro acceso. No era así o en todo caso habríamos tenido que dar un enorme rodeo hasta situarnos en la vertiente del valle de Cogne. Observamos la pared con detenimiento por si existía algún paso practicable por donde enlazar con la vía normal, pero el examen resultó infructuoso.

No nos apetecía volver sobre nuestros pasos para rectificar, así que decidimos

cambiar de objetivo. La cumbre más próxima (Tresenta, 3.609 m.) no aparentaba poseer muchos alicientes; parecía sencilla y pronto habríamos estado de vuelta. La otra (Ciarforon, 3.640 m.), con la que nos habíamos ilusionado desde los escasos instantes en que la vimos la tarde anterior, aparecía en aquellos momentos particularmente seductora: el sol iluminaba el caparazón de nieve de la cima.

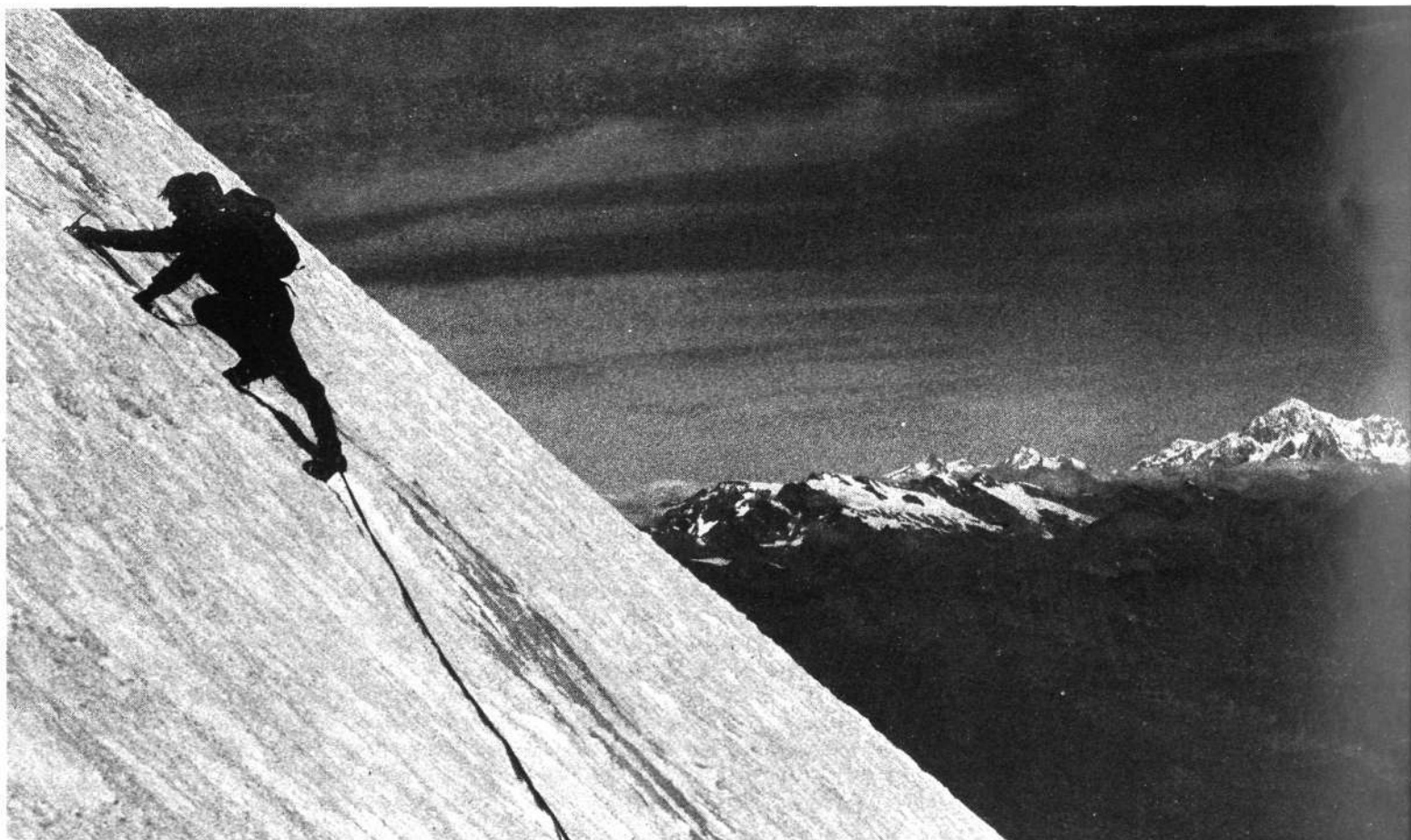
### **UN ERROR QUE NO LAMENTARIAMOS**

Bordeamos rápidamente el Pico Tresenta por el extremo superior del glaciar, ya que las pocas grietas existentes eran perfectamente visibles. Conseguimos dar con un puente de nieve que permitía atravesar una ancha y extensa grieta y por una pendiente relativamente pronunciada nos situamos en seguida en el collado (3.302 m.) que separaba las dos cumbres citadas.

Hacia cerca de dos horas que estábamos andando; en pocos minutos más nos colocamos en la base de la cara NE. del Ciarforon. Hasta la cima quedaba un desnivel de 300 m. que teníamos que superar por una vía que ya desde abajo se presagiaba iba a resultar un tanto peliaguda.

La ascensión se compone de tres partes perfectamente diferenciadas: una pala de nieve bastante pendiente, una pared rocosa formada por grandes bloques de granito y la txapela, muy pronunciada al principio, pero que va perdiendo inclinación conforme se aproxima la cumbre.

*La pronunciada pendiente que conduce a la cima. Al fondo el Mont Blanc.*





*El sol iluminando el caparazón de nieve de la cima del Ciartoron (3.640 m.).*

Atacamos la pala de nieve que rápidamente adquirió una inclinación de aproximadamente 45 grados. La progresión se mantuvo a buen ritmo hasta situarnos en una zona mantenida en sombra por una torre desgajada de la pared. Allí surgió un obstáculo previsible: bajo una espesa capa de nieve en polvo, que se deslizaba al colocar el pie, estaba el hielo. No resultó mayormente problemático; la pendiente había disminuido considerablemente y las piedras caídas de lo alto, soldadas al hielo, ofrecían buenos puntos de apoyo. Eso sí, nos sirvió de referencia sobre las condiciones en que nos moveríamos por arriba.

Las características de la muralla rocosa son las peculiares de las composiciones graníticas: grandes bloques de piedra amontonados con un cierto orden, al principio es bastante vertical, mas no por eso resulta expuesta la trepada; es como subir por una escalera de escalones gigantescos.

Más adelante la cosa empezó a complicarse; la muralla se derrumba convirtiéndose en un caos de bloques. Este es el punto más complicado de su ascensión, resulta lenta y aburrida.

Nos desviamos hacia la izquierda y proseguimos por un cómodo corredor que acaba estrangulado al pie de un soberbio torreón. Lo bordeamos por la derecha y

ya en seguida alcanzamos la parte superior de esta zona rocosa que atravesamos en poco más de media hora.

Trepábamos con manoplas debido a que la nieve fresca era abundante y en ocasiones teníamos que apartarla para poder encontrar los agarres. En las cortas chimeneas que se forman entre uno y otro bloque era frecuente encontrar hielo. Es decir, la dificultad real de la ascensión no residía en la graduación de la vía, sino en las condiciones en que se encontraba. De todas formas, hasta aquí no resultó imprescindible el encordamiento.

Una horcada a modo de pasarela nos situó bajo la pronunciada pendiente de nieve que conduce a la cima. Daba la impresión de que estábamos ascendiendo a un gran pastel de merengue y nos faltaba la guinda que tiene más de 100 metros de altitud.

Subimos un buen trecho, todo derecho, pero no podíamos continuar directo a la cumbre porque arriba había cornisas. Así que iniciamos una travesía hacia la izquierda, con intención de alcanzar unas rocas que emergían de la nieve y constituían una buena base de apoyo para definitivamente atacar la cima. Aquí estaba la clave de la ascensión; teníamos que pasar por encima de un corredor y lógicamente había

hielo porque el viento y las avalanchas barren la capa de nieve.

Fueron dos largos bastante delicados. El piolet resultaba inútil como instrumento de seguro y a falta de clavijas de hielo tuvimos que armarnos de paciencia e ir tallando escalones. Mientras nos dedicábamos a esta lenta operación, dos cordadas nos observaban desde abajo. Lo debieron ver feo pues se dieron media vuelta y fueron al Tresenta.

Superado este obstáculo, teníamos la cumbre al alcance de la mano, y bien que nos tuvimos que agarrar a ella. El último tramo es el más pendiente de toda la ascensión; hay momentos en que tiene alrededor de 60 grados. Pero no supuso un inconveniente serio, sino todo lo contrario; fue motivo de satisfacción: los crampones agarraban estupendamente y a pesar de la verticalidad avanzábamos seguros.

La inclinación se iba suavizando lentamente hasta que por fin pudimos avanzar juntos hasta la cima. Hacía 4 horas que habíamos salido del refugio, pero con tantas emociones nos pareció mucho más. Resultaba agradable permanecer allí arriba: apenas hacía viento, el sol premiaba nuestro esfuerzo con sus caricias...

Sin ser una cumbre elevada, el Ciartoro-

ron (3.640 m.) dispone de una amplia vista debido a su aislamiento. Destaca la panorámica sobre el Gran Paradiso (4.061 metros), único cuatromil de los alrededores. Podíamos observar la vía normal con tanta nitidez, que a grandes rasgos nos atrevemos a describirla sin haberlo ascendido.

El camino comienza en la parte posterior del refugio, luego no hay que remontar la morrena. Va ascendiendo por terreno pedregoso hasta dar con un paso que permite superar la muralla que hay junto al refugio y en seguida aparece el glaciar que hay que remontar para alcanzar la cumbre.

El comienzo del glaciar es muy suave y después se va inclinando, sin que en ningún momento la pendiente llegue a ser fuerte. Se alcanza así una cresta, a modo de hombro, que precede a la cumbre. La pendiente se yergue un poco más, surgen algunas grietas poco problemáticas y se vuelve a suavizar. Aparecen las rocas de la cumbre, se bordean y ya está la cima.

El Gran Paradiso es uno de los cuatromiles que menos dificultades ofrece; precisamente es una vía clásica para practicar descensos sobre esquís. Cuando lo contemplábamos, varias caravanas estaban de vuelta, luego se tarda menos de 4 horas.

Volviendo de nuevo al Ciarforon, después de observar el Gran Paradiso y, por supuesto, el macizo del Mont Blanc perfectamente visible, dimos la vuelta a la cima que es casi llana y más o menos circular. Tratábamos de encontrar un itinerario de descenso menos comprometido, pero nos dio la sensación de que no existe.

Por el libro de registro que encontramos en un gran mojón de piedra instalado en una zona desprovista de nieve pudimos comprobar, que las vías habitualmente utilizadas son la NE. y la N. La cara SE, es totalmente de roca, pero está muy descompuesta y no nos atrevimos a aventurarnos, así que rehicimos la vía de ascenso.

A pesar de que, cuando existen dificultades, la bajada suele ser más peliaguda que la subida, no tuvimos ningún contratiempo. En la parte más empinada descendimos con extrema precaución y, en la travesía, como ya estaba tallada, fue suficiente con asegurar. En la zona rocosa, puesto que la conocíamos, no tuvimos que andar tanteando para dar con los pasos clave.

En una hora alcanzamos el collado; al otro lado del puente sobre la gran grieta nos esperaban dos italianos para preguntarnos en qué condiciones se encontraba la vía. Ellos nos proporcionaron la primera

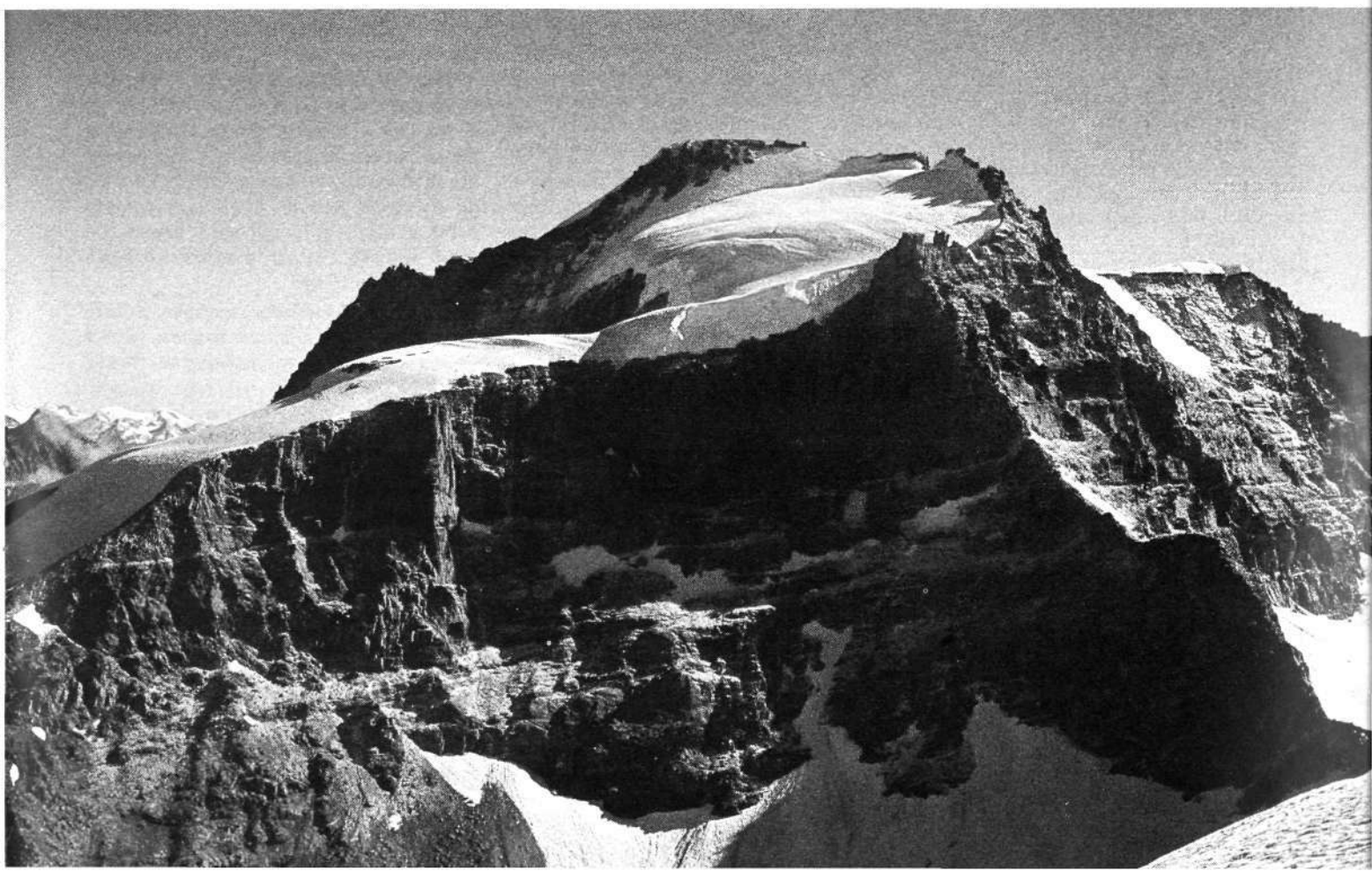
información sobre denominación y altitud de la cumbre. Nos dijeron que la pendiente máxima de la ascensión que acabábamos de hacer es similar a la de la cara N., aunque, claro está, en ésta es mucho más sostenida. Asimismo señalaron que con nieve en condiciones satisfactorias es preferible ascender por la N.

Mientras nos acercábamos al refugio estuvimos barajando la posibilidad de quedarnos hasta el día siguiente para esta vez asegurarnos el Gran Paradiso. Llegamos a la conclusión de que no merecía la pena; nuestro objetivo, conocer el macizo, lo habíamos alcanzado. Únicamente sentíamos no haber visto la Grivola que, siendo la segunda altura del macizo (3.969 m.), tal vez resulte más atractiva que el propio Paradiso.

Estábamos ampliamente satisfechos; casi, casi, hasta nos alegrábamos del despiste, aunque teníamos el propósito de procurar que no volviese a ocurrir. Comentábamos con regocijo: si nuestra ascensión fuese una primera, la habríamos llamado ruta del despiste.

Del collado al refugio empleamos una hora y después, otra más hasta Pont de Valsavaranche. Descendimos descolgándonos por los atajos y con el piloto de adelantamiento constantemente encendido, para dejar atrás las caravanas de turistas.

*El Gran Paradiso visto desde el Ciarforon.*



# NADELHORN

(4.327 m.)

## ASCENSION AL NADELHORN

No está considerada como una cumbre de categoría. Su altitud es estimable, pero pasa desapercibida entre la diversidad de cuatromiles existentes en el Valais. La raíz de su nombre, nadel (aguja), hace pensar en una cima muy abrupta; lo es, aunque no tanto como otras que le rodean y además su ascensión por la vía normal no resulta difícil.

La peculiar del Nadelhorn es de otro orden; se trata de un importante punto orográfico. Une la cadena de los Michabel: Taschhorn (4.490 m.), Dom (4.545 m.) y Lenzspitze (4.294 m.), con la del Nadelgrat: Stecknadel (4.242 m.), Hohbergh (4.219 m.) y Durrenhorn (4.035 m.).

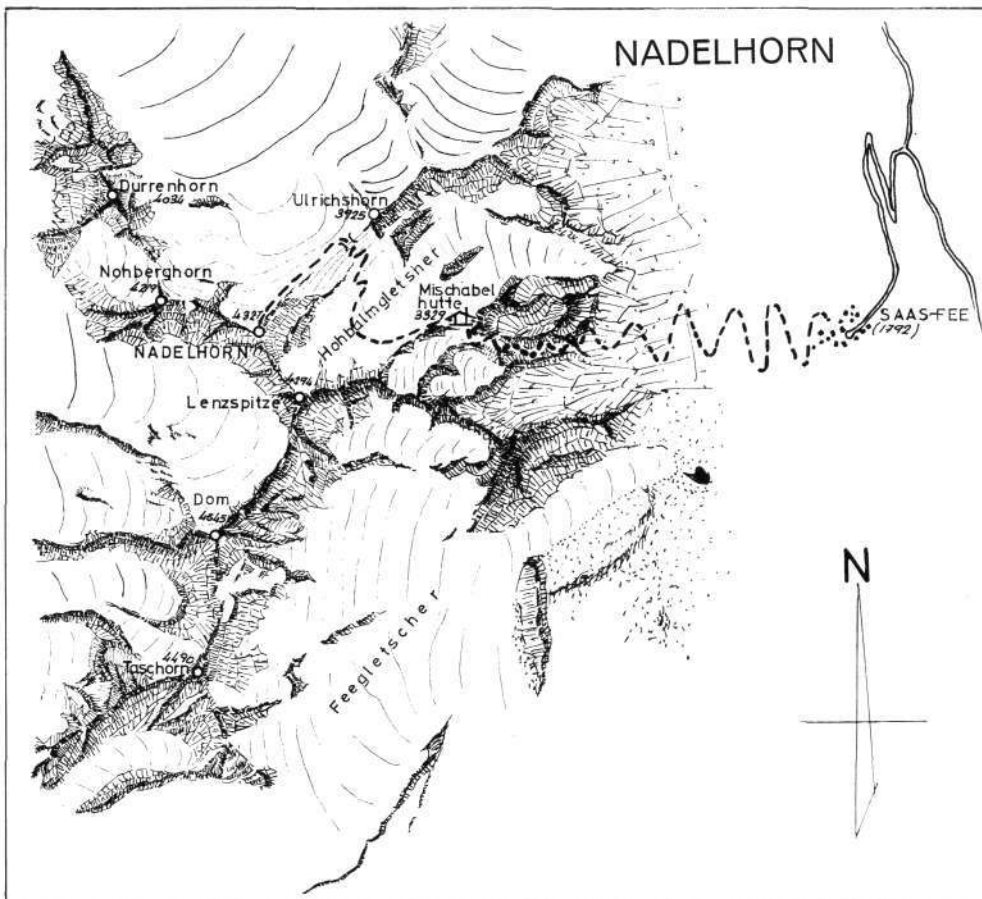
La crestería de los Mischabel es una de las más hermosas de los Alpes; el tramo Tashhorn-Dom es el más célebre, pero la arista Lenzspitze-Nadelhorn no le queda a la zaga ni en belleza ni en interés para quienes buscan la emoción de las travesías aéreas.

El Nadelhorn se asciende habitualmente desde el refugio Mischabel (3.329 m.), que es el más próximo a su vía normal. También es accesible desde la cabaña Bordier (2.886 m.) por un itinerario más largo o atravesando el Nadelgrat. Se puede alcanzar incluso desde el Domhutte (2.940 m.). En este caso la ascensión además de ser larga resulta algo difícil, por lo que únicamente se suele efectuar como complemento de travesía de cresterías.

## APROXIMACION

Nosotros subimos desde las cercanías de Saas Fee (1.792 m.), por lo que nos dirigimos al Mischabelhutte. Dejamos el coche fuera del pueblo, pues resulta que cobran por aparcar dentro. Partimos de una altitud de unos 1.700 m. y al cabo de veinte minutos estábamos en la plaza central de Saas. Allí encontramos el primer indicador que señala, entre otras, la dirección al citado refugio.

Nada más dejar atrás las últimas casas, atravesamos un bosquecillo de abetos; acto seguido hay que cruzar el puente sobre un torrente e inmediatamente comienza el zigzag por terreno muy pronunciado. Nos encontramos entonces con un solitario alemán que dijo llevar el mismo camino; juntos realizaríamos la mayor parte de la marcha, amoldándonos a su paso lento y regular.



El ascenso va a ser vertiginoso; apenas hay desplazamiento horizontal. Parece que estamos subiendo por una interminable escalera de caracol. La senda es estrecha, pero se encuentra en buen estado; precisamente nos cruzamos con una brigada de obreros encargados de su conservación, que iban retirando las piedrecillas del camino. Esto sólo debe ocurrir en Suiza.

El primer tramo es el más monótono; es posible evitarlo, ahorrando una hora de marcha, si se utiliza un teleférico que asciende hasta alrededor de los 2.400 m. Para incorporarse al itinerario del refugio, perfectamente visible desde la estación, basta con realizar una travesía por terreno fácil.

Una vez al pie del Distelhorn (2.806 m.), que es la última cota significativa en las estribaciones de la arista NE. del Lenzspitze, hay que bordear por el O. la mole rocosa en que se asienta el refugio. Ahora el camino es más suave, discurre por terreno herboso, permite dar un respiro y entretenerse contemplando a los corzos que corretean por aquellos parajes.

Tras más de horas de ininterrumpido caminar, aparece de nuevo un apretado zigzag que discurre por terreno pedregoso. Es el único trecho del itinerario en que hay agua. Nuestro acompañante continúa manteniendo su paso de buey, que ya nos resultaba demasiado lento; apretamos el paso para combatir el frescor de la tarde

sin necesidad de abrigarnos.

El terreno es cada vez más abrupto. Pronto alcanzamos la base del Fallgletscher inferior, ascendiendo un corto tramo por la nieve, y después el sendero discurre por la rimaya, al pie de la muralla. Inesperadamente, hacia los 3.000 m., la senda gira a la derecha y va a superar la pared por una especie de vira que asciende en diagonal, en dirección NO. Se trata de un pasillo natural, estrecho y colgado sobre el vacío, pero cómodo y seguro. Un cable adosado a la pared contribuye a evitar cualquier riesgo.

Superado el corredor se sube directo hacia el refugio que ya empieza a ser visible. Queda aproximadamente media hora de fácil trepada por roca bastante sólida. Al principio el camino sigue estando equipado con cables, aunque no son en absoluto necesarios.

Llegamos al Mischabelhutte (3.329 m.) a las tres horas y media de haber iniciado la marcha. Conseguimos un buen horario, sin necesidad de forzar el paso, por el hecho de no habernos detenido ni una sola vez. El alemán aparecería media hora después.

El refugio consta de dos edificios, uno para verano y otro de invierno. Ya al entrar nos produjo una sensación muy favorable; en el interior todo es de madera, incluso las paredes están recubiertas, dando al recinto aire acogedor. En la planta.

baja hay compartimentos y baldas para colocar el material, las mochilas, y las botas, que son substituidas por cómodos zuecos.

En la primera planta hay un amplio comedor que es a la vez sala de estar; dispone de numerosas mesas, posee amplios ventanales y se comunica con una equipada cocina a cargo del guardián. Este local resulta extraordinariamente agradable: buena temperatura, espléndida vista hacia el exterior, la presencia de otras personas no es agobiante...

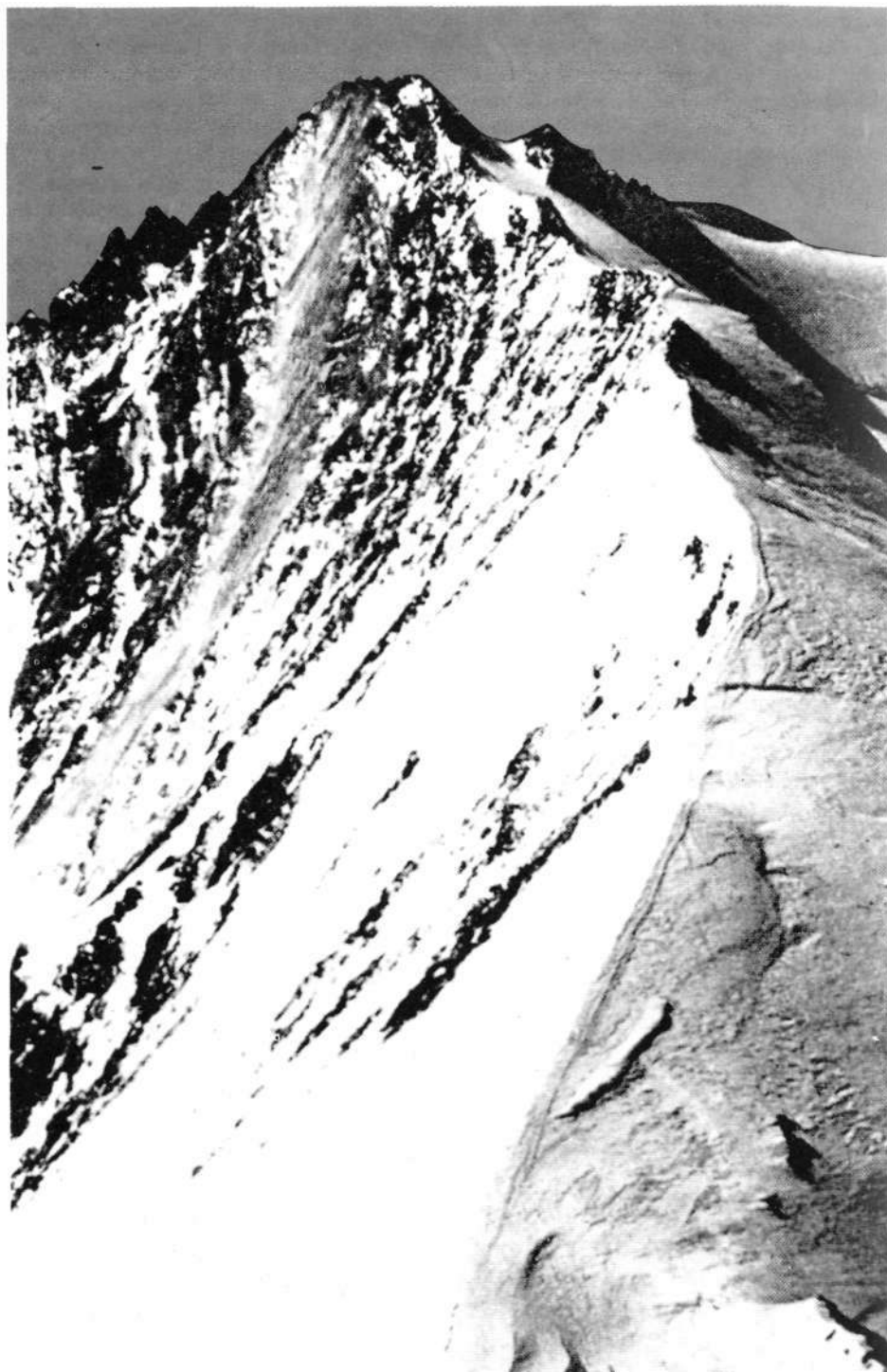
Pagamos con gusto 12 francos suizos, aunque nos suponían unas 500 pesetas. Una vez formalizada la inscripción y tener asignado un lugar donde dormir en la planta superior, salimos fuera a contemplar las cumbres en tanto se ponía el sol.

Desde allí le cadena de los Michabel apenas es visible debido a su proximidad, aunque sí se podía contemplar su prolongación, el grupo Allalin; en particular el Alphuel (4.206 m.) y el Allalinhorn (4.027 m.). El Nadelhorn queda totalmente oculto. Al otro lado del valle, del Saastal, destaca la cadena Weissmies (4.023 m.). Se trata, sin duda, de un soberbio mirador sobre el macizo del Dom. Al N. era posible apreciar en la lejanía las cimas más significativas de los Alpes Berneses.

De vuelta, nos instalamos en el comedor para cenar. La gente pasa allí el rato tomando infusiones, pues el agua, incluso caliente, se obtiene gratis. Nuestro alemán estaba solo en un rincón; nos acercamos a él para proponerle ascender juntos al día siguiente. Accedió gustoso y compartimos el resto de la velada comentando complacidos las experiencias alpinas de cada cual.

No apetecía irse a dormir. Resultaba tan agradable el calorillo de aquella sala; hojear el libro de ascensiones a la luz de una bombilla, en un paraje tan agreste; contemplar a través de los ventanales y la noche fría, las luces de Saas Fee, las estrellas, la silueta de las cumbres...

El dormitorio reúne todas las condiciones requeridas para poder descansar placidamente. Mi compañero lo consiguió, a juzgar por sus estruendosos ronquidos,



los demás no podemos decir otro tanto. Los suizos no deben estar habituados: al levantarse nos miraban de manera poco cordial.

#### LA ASCENSION

Al salir del refugio tomamos el único camino existente; íbamos en tropel, así que no hacía falta utilizar linterna. Empezamos por remontar el resto de la mole rocosa y en seguida alcanzamos la prolongación de la arista NE, del Lenzspitze, dando vista al glaciar Hohbalm.

Cambiamos de dirección para continuar por las rocas de la cresta, entre el glaciar citado y la parte superior del Fallglets-

cher. La arista resulta fácil de remontar y cada vez va siendo más suave, hasta que por fin desemboca en un rellano del Hohbalm, a 3.620 m. Llevábamos una hora de marcha.

Desde este lugar se aprecia con exactitud el resto de la ascensión, pues el Nadelhorn es ya perfectamente visible: cruzar el glaciar, subir al collado y recorrer la arista hasta la cumbre. Allí mismo, mientras veíamos amanecer, nos colocamos los crampones y aunque aún no era necesario también nos encordamos.

Dejamos definitivamente la zona de rocas, adentrándonos en el amplio y plano

circo que forma el Hohbalm bajo la abrupta crestería Lenzspitze-Nadelhorn. En seguida lo atravesamos y emprendimos el ascenso al col. La pendiente no es muy fuerte; se asciende prácticamente derecho, desviándose únicamente para bordear algunas grietas.

No es preciso alcanzar el Windjoch (3.850 m.). Antes de llegar nos desviamos a la izquierda, enlazando con la arista más arriba, a través de un boquete abierto en la cornisa. Empleamos otra hora en llegar hasta aquí. Ya sólo queda la prolongada arista. Su pendiente no es fuerte; exceptuando las proximidades de la cima no supera los 30 grados de inclinación.

La ascensión discurre generalmente por la cresta; es suficientemente ancha como para permitir avanzar con tranquilidad. Cuando aparecen cornisas hay que inclinarse hacia la derecha, así como situarse en la ladera del glaciar Ried, las tres o cuatro ocasiones en que en la arista aparecen rocas delicadas.

Proseguimos la marcha, lenta pero sin pausa, con el compañero alemán siempre de primero; a pesar de su edad madura, no se intimidaba ni en los pasos expuestos. Le daba confianza saber que estábamos pendientes de él. En una zona de hielo se le escapó el piolet; no fue muy lejos, pero resultó entretenido descender la empinada ladera N. para recuperarlo.

En los tramos más fáciles nos distraíamos contemplando la progresión de dos cordadas por la impresionante pared NNE. del Lenzspitze; es totalmente en nieve con 500 m. de desnivel e inclinación media de 50 grados.

Cuando aparecían rocas en la arista, la marcha resultaba muy lenta debido a la incomodidad que supone andar sobre ellas con crampones. En alguna ocasión preferimos descender para bordearlas, pero resultó un mal remedio: la pendiente era bastante fuerte y el hielo abundante, obligándonos a tallar escalones.

La nieve se va esfumando conforme se aproxima la cumbre; aparecen entonces placas de hielo y en seguida bloques de piedra que permiten una cómoda trepada. Ya sólo queda esperar la vez para, uno a uno, encaramarse sobre la roca cimera. Tardamos cuatro horas en alcanzar este respetable cuatromil, superando 1.000 m. de desnivel.

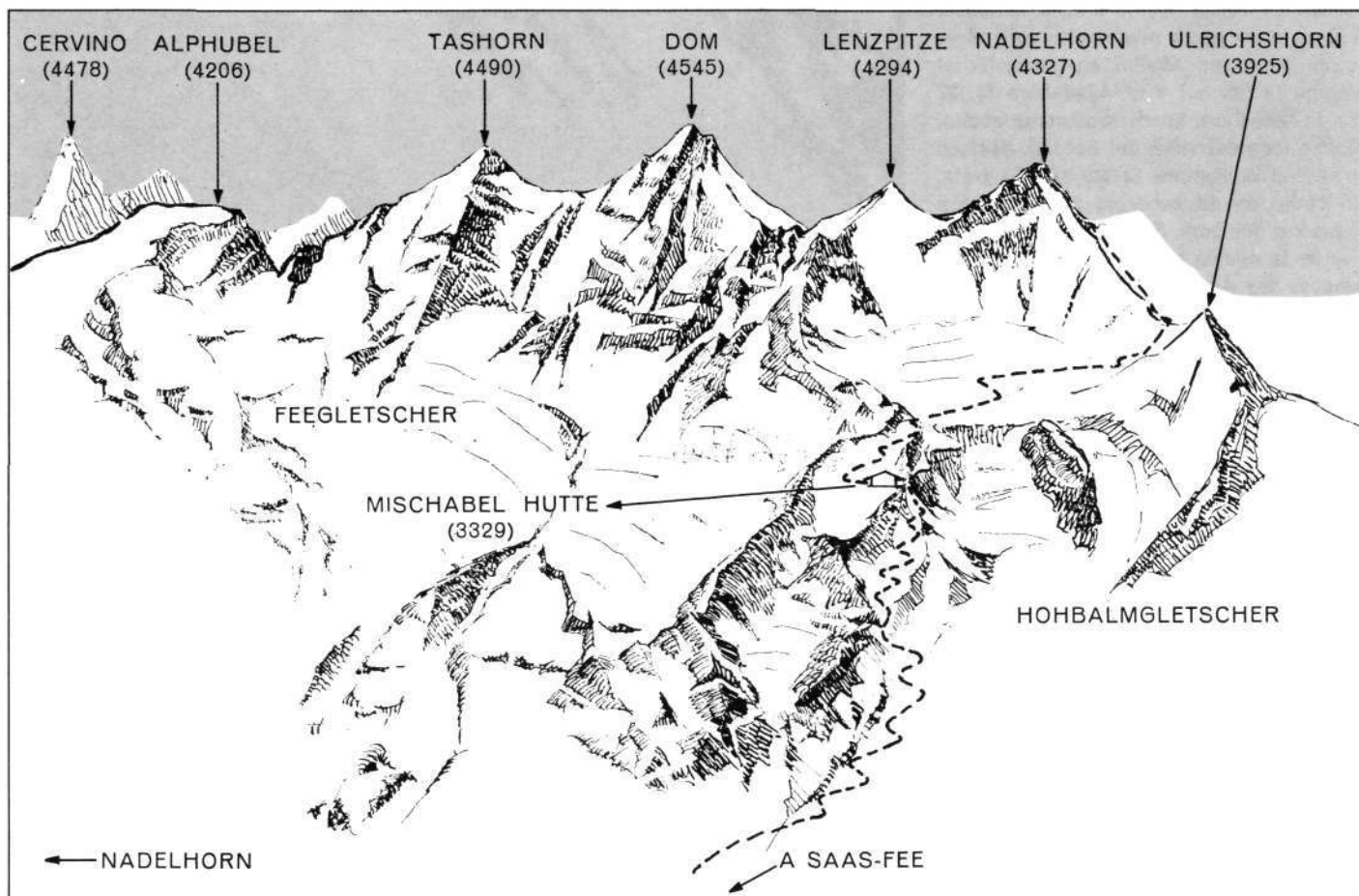
Cosa curiosa, no sentíamos nada de frío; el sol brillaba espléndido y el viento estaba en calma. Asomándonos por la vertical cara SO. podíamos ver el glaciar Hohberg por donde discurre la vía normal del Dom, así como contemplar su cumbre. Hacia abajo podíamos apreciar el Mattertal en las proximidades de Randa y al otro lado del valle el coloso Weisshorn (4.505 m.).

El descenso resultó considerablemente

lento; el alemán se encontraba bastante fatigado. Hasta el lugar en que nos habíamos encordado tardamos dos horas y se puede hacer bien en una. Allí estuvimos un rato tomando el sol y comiendo algo mientras observábamos a las dos cordadas del Lenzspitze. Una avanzaba a buen ritmo, ya casi había salido; la otra parecía encontrarse en dificultades mucho más abajo. Posiblemente la nieve estuviese ya demasiado blanda.

Al rato nos despedimos del alemán que prefirió continuar descansando ya que desde allí no existía problema para proseguir el descenso. En media hora alcanzamos el refugio; justo en el momento en que un helicóptero de avituallamiento despegaba hacia Zermatt. Habría sido estupendo poder ir en él.

Recogimos nuestras cosas y no sin pesar dejamos el refugio. Al cabo de dos horas de rápido y duro descenso a través de atajos, estábamos de vuelta en Saas Fee, impacientes por poner rumbo a una nueva cumbre. No podíamos suponer que nuestra buena racha había concluido. En ocho días realizamos cuatro ascensiones; pero el mal tiempo, que nos perseguiría hasta casa, nos hizo desistir, primer de intentar la travesía del Mont Blanc y abandonar definitivamente, estando al pie de la atractiva Grande Casse (3.853 m.), primera cumbre del macizo y parque nacional de la Vanoise.



# LA GRANDE RUINE

(3.765 m.)

No se trata de una cumbre alpina célebre, pero bien merece la pena visitarla. Llegar hasta ella supone penetrar en lo más recóndito del macizo de Les Ecrins, disponiendo de una formidable atalaya sobre el mismo. Ofrece la posibilidad de efectuar una completa ascensión, sin ser difícil. Permite alcanzar una cota respetable en marcha breve, dado que el refugio se encuentra a considerable altura.

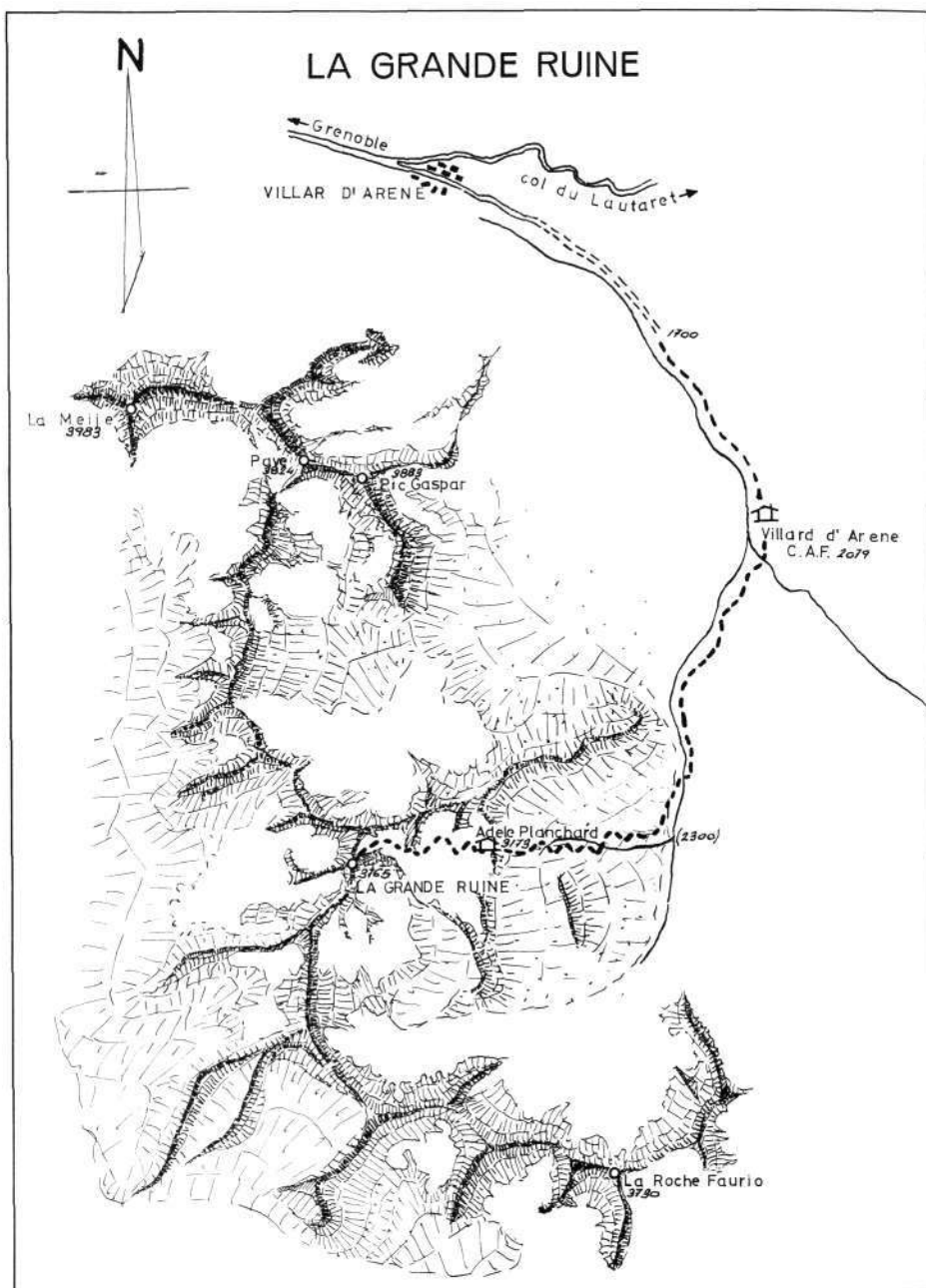
Para ésta como para otras diversas cumbres situadas al N. del macizo, la marcha se inicia en Villar de Arène. De este pueblecito situado a escasa distancia del Col de Lautaret parte una pista, asfaltada en un par de kms., que bordea el torrente de La Romanche. Compensa recorrer otros dos kms. más llegando hasta el final, a pesar de que el terreno no sea el ideal para circular con coche.

El punto de arranque se encuentra hacia los 1.700 m. El camino es inconfundible, no hay otro. Al principio el itinerario coincide con el de la travesía denominada Tour de l'Oisans y clasificada como gran ruta 54; tras la primera pendiente fuerte se deja éste, desviándonos hacia la derecha. Existe un poste indicador que señala el lugar exacto. En realidad también se puede continuar por el sendero de la travesía, que es más cómodo. En ambos casos es preciso llegar a las inmediaciones del refugio del Alpe de Villar de Arène. La diferencia estriba en que por el itinerario directo hay que subir menos, pero a costa de tener que andar por parajes muy abruptos, lo cual es poco apetecible con una pesada mochila al hombro.

A los tres cuartos de hora de haber empezado a caminar alcanzamos el Plan de l'Alpe, situado a unos 2.000 m. de altitud. Después del duro repecho, supone un considerable alivio atravesar estas llanas praderas en donde pacen las ovejas y pasean los turistas, teniendo como telón de fondo una atractiva cumbre: Les Agneaux (corderos) de 3.662 m. de altitud.

Un cuarto de hora después pasábamos por debajo del refugio de l'Alpe (2.079 metros) y pronto, siempre junto al río en su margen derecha, girábamos hacia el O. para aproximarnos al núcleo central del macizo.

Nos llamó la atención encontrar un estanque de aguas cristalinas ya que normalmente, en zonas de glaciar, se caracte-



rizan por su color lechoso. La explicación está en que se había formado mediante filtraciones. No resistimos la tentación de beber.

Acto seguido dejábamos a un lado el puente de Valfourche, de donde parte el sendero que conduce al refugio Pavé (2.900 m.) utilizado para ascender al propio Pavé (3.824 m.) y al Pic Gaspar (3.883 metros). Su uso está desaconsejado por encontrarse en un lugar muy expuesto a las avalanchas; ese sendero se dirige también al paso del Clot des Cavales (3.351 m.) que da acceso a la otra vertiente del macizo.

Cuando llevábamos hora y media caminando, tuvimos que efectuar un nuevo giro, esta vez hacia la izquierda, o sea, de nuevo en dirección S. Al fondo del valle comenzaba a cerse el glaciar de la Plate

des Agneaux, colgado de las paredes de la Roche Faurio (3.730 m.).

Siempre junto al río y bordeando la muralla del Pic de Neige Cordier (3.613 m.), llegamos a las fuentes de la Romanche sin apenas haber superado los 2.100 m. de altitud. Aquí hay que cruzar el torrente por primera y única vez, haciendo equilibrios sobre las piedras. Luego, por una suave pendiente que discurre entre grandes bloques, una antigua morrena, el sendero se va apartando de lo que fue el lecho del glaciar y hoy es un extenso pedregal, para ascender pegado a la ladera que tenemos a la derecha. Por ella descienden en cascada varios arroyos.

Casi en la perpendicular del glaciar, hacia los 2.300 m., y después de dos horas y cuarto de marcha, le dio al sendero por ascender en apretado zigzag la empinada



ladera. Lo estábamos deseando, pues habíamos ganado muy poca altura. Ahora, en tres cuartos de hora íbamos a superar unos 400 m., elevándonos por una pared rocosa y un pronunciado corredor que sirve de cauce a los arroyos que bajan de lo alto. En ocasiones hay que utilizar las manos, pero no resulta problemático. Al salir del corredor nos permitimos un descanso junto al arroyo. Llevábamos tres horas de marcha pero no teníamos prisa, habíamos salido temprano. Estábamos al pie del acantilado; en frente teníamos el cordal que comienza en el Pic de Neige y se une al central en el Roche Faurio. Es una soberbia muralla rocosa con varios glaciares suspendidos.

Después superamos una escarpadura que conduce a un pequeño rellano. Suavemente, el camino gira hacia la derecha dando vista al valle; el refugio de l'Alpe es perfectamente visible. Ahora los zigzag son amplios y suaves, discurren primero por una zona terrosa, después por terreno rocoso que no precisa trepada.

Ya cerca de los 3.000 m., cuando llevábamos cuatro horas caminando, desde un nuevo rellano era visible el collado. En sus cercanías intuimos la presencia del refugio: en una loma próxima había un mástil.

Así fue, siempre por terreno pedregoso, com alcanzamos un pequeño nevero situado al pie de la horcada. Lo ascendimos y allí estaba la cabaña Adèle Planchard (3.173 m.), justo en la base de los Clochers (campanarios) de l'Ape. Cinco horas escasas fue el tiempo que habíamos empleado en ascender casi 1.500 m. de desnivel.

El refugio, pequeño, de madera, de características similares al de l'Aigle que recientemente habíamos conocido, no pertenece al CAF, sino a la Société des Touristes du Dauphiné. Tal vez por eso, la estancia nos costó más cara que en el anterior (15 francos en vez de 11, unas 250 pesetas).

No tiene instalación de agua; atravesando el nevero más próximo, a unos 100 m., hay una fuente. Está junto a un montón de piedras que indica el lugar exacto donde se ha instalado la toma de agua del nevero.

La cima de la Grande Ruine no es visible desde el refugio, pero sí desde la loma cercana que tiene un mástil en lo alto. No nos molestamos en subir, pues no habría servido de nada, ya que a media tarde las cumbres se habían cubierto y lloviznaba. Ni las condiciones ni el paraje eran aptos para pasear, así que, confiando en que la madrugada nos augurase un tiempo más favorable, nos metimos en el saco antes de anochecer, para no quedarnos sin sitio.

---

La Barre des Ecrins desde La Grande Ruine.

---

### HASTA LA CUMBRE

Fuimos los primeros en partir, en alcanzar la cumbre, en volver al refugio y en descender al valle. Es sólo un dato curioso, pues seguro que no establecimos ningún récord.

Salimos del refugio a las cinco y media, sin necesidad de linterna, a la luz de la luna, cuando hacia el E. el horizonte ya empezaba a adquirir tonos rojizos. Todo presagiaba un espléndido día, a pesar de que la tarde anterior las cumbres estuvieran cubiertas e incluso nevase un poco.

Cruzamos los dos neveros y las dos pedrizas que hay junto al refugio y ya estábamos a la orilla del glaciar superior des Agneaux, encordándonos y colocándonos los crampones. Después, seguir y seguir la huella; a mediados de Agosto no cabe la incertidumbre de tener que ir bordeando grietas hasta dar con el itinerario más adecuado. Sin embargo, no nos faltarían ciertas emociones.

El recorrido hasta la cima es muy simple. Durante un buen rato se avanza en dirección O. ascendiendo muy suavemente. Después, directo hacia arriba describiendo leves zigzags, a fin de evitar alguna que otra grieta, hasta superar una fuerte pendiente. En este tramo es probable encontrar una huella que se dirige hacia la izquierda y sin motivo aparente prosigue directo a la crestería. Se trata del acceso al col de la Casse Deserte (3.484 m.) que conduce a la vertiente O., permitiendo descender a la Bérarde (1.738 m.).

Luego hay que volver hacia el E., la derecha, conforme se avanza, ascendiendo otra vez con suavidad. Y recto de nuevo por una pendiente que va siendo menos pronunciada conforme se aproxima la brecha Giraud-Lézin (3.666 m.), collado que separa las dos cimas que componen la Grande Ruine.

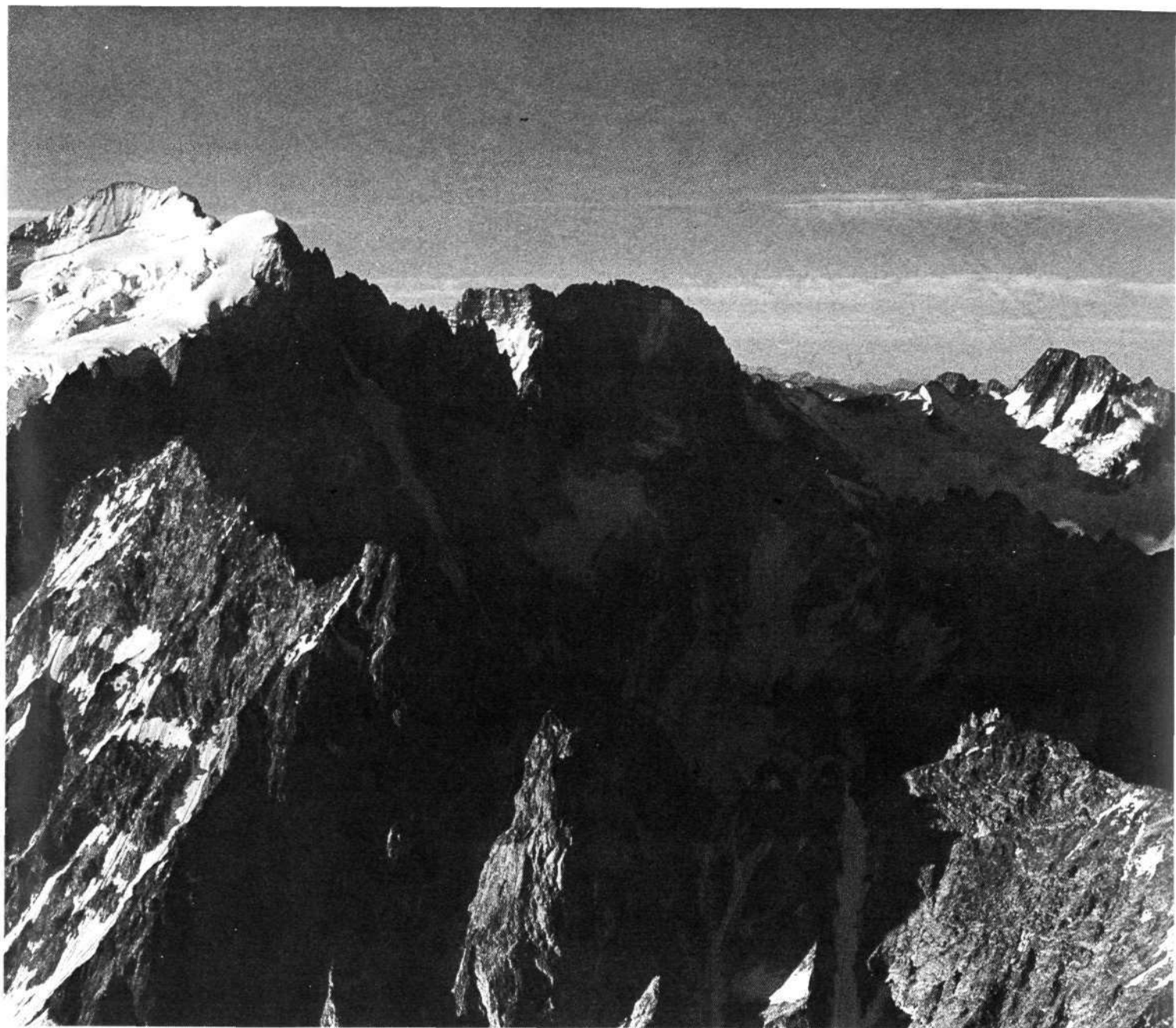
El punto culminante está en la cumbre S., denominada Punta Brevoort (3.765 m.), que es la que aparece a la izquierda según se sube; la otra es el Pico Maitre (3.726 m.). Para subir a la cota más elevada por la vía normal, no se llega hasta la brecha. Hacia los 3.600 m., cuando el collado ya está próximo, se avanza casi horizontalmente hacia la izquierda, para alcanzar su arista E. Hay que cruzar una gran grieta, que cuando nosotros estuvimos sólo disponía de un puente de nieve, y superar una fuerte pero corta pendiente.

Suave al principio, pronunciada en seguida, la arista no está totalmente cubierta de nieve. A unos 50 m. de la cima tuvimos que quitarnos los crampones para realizar una corta trepada en roca.



Tal es la descripción habitual de una ascensión a la Grande Ruine, catalogada como fácil. La nuestra resultó más entretenida. Al poco rato de iniciar la marcha, el viento comenzó a soplar con intensidad; barría la superficie del glaciar, dificultándonos el avance; arrastraba esquirlas de hielo que nos cegaban. Así hasta la cima. En la arista el viento había barrido la nieve, el hielo afloraba a la superficie; era preciso andar con cuidado. Las rocas cimeras estaban cubiertas de nieve fresca; no era excesivamente problemático, pero la trepada dejaba de ser agradable.

El panorama que se domina desde la cima es similar al que dos días antes habíamos contemplado desde el Pico Central de la Meije (3.794 m.), con la particularidad de que la Grande Ruine constituye



Fotos del autor.

un incomparable mirador desde el cual admirar las crestas y cara S. de la propia Meije y, en concreto, su vía más célebre, la que asciende por la arista du Promontoire. Por lo demás destacaba la proximidad y altivez de Les Ecrins (4.102 m.), primera cumbre del macizo.

Teníamos intención de descender hasta la brecha por la arista N., a fin de realizar la travesía completa de la cumbre. Nos disuadió el viento que era aún más fuerte en aquella vertiente y una enorme grieta que, por lo que pudimos observar desde lo alto, carecía de puentes para poder atravesarla. Así que volvimos sobre nuestros pasos.

Descendimos la arista cómodamente. Las cordadas que subían detrás habían afianzado las huellas e incluso hubo quien se

tomó la molestia de tallar escalones en la zona de hielo.

El resto de la bajada hasta el refugio fue muy breve, aunque poco agradable; conforme avanzaba el día la nieve se ablandaba por momentos en aquella soleada ladera E. Los crampones llegaron a ser un estorbo y había que prestar atención a posibles grietas ocultas.

La excursión fue muy rápida; es la ventaja de los refugios situados a considerable altura. En subir habíamos tardado dos horas y sólo una y cuarto en bajar. A las nueve estábamos a la puerta del refugio, comiendo un bocado sentados al sol y observando el descenso de las demás cordadas.

Llamaba la atención la escasez de nieve sobre el glaciar. Los que venían detrás se

llevaron un buen susto al romperseles el puente de una grieta; no les quedó más remedio que modificar el itinerario. Por las huellas se notaba que esto ocurría con bastante frecuencia.

El descenso al valle fue también rápido, pese a la considerable distancia que es preciso recorrer; en tres horas escasas estábamos junto al coche. No obstante resultó penoso: el viento, encajonado entre montañas, tenía una fuerza arrolladora.

En la última curva del camino nos despedimos del macizo de Les Ecrins, contemplando la cara N. del Pic Gaspar, el glaciar de Lautaret... Imaginábamos además la Meije y veíamos el refugio de l'Aigle, tan alto y distante, que había que sentir por él un particular afecto para poder identificarlo.